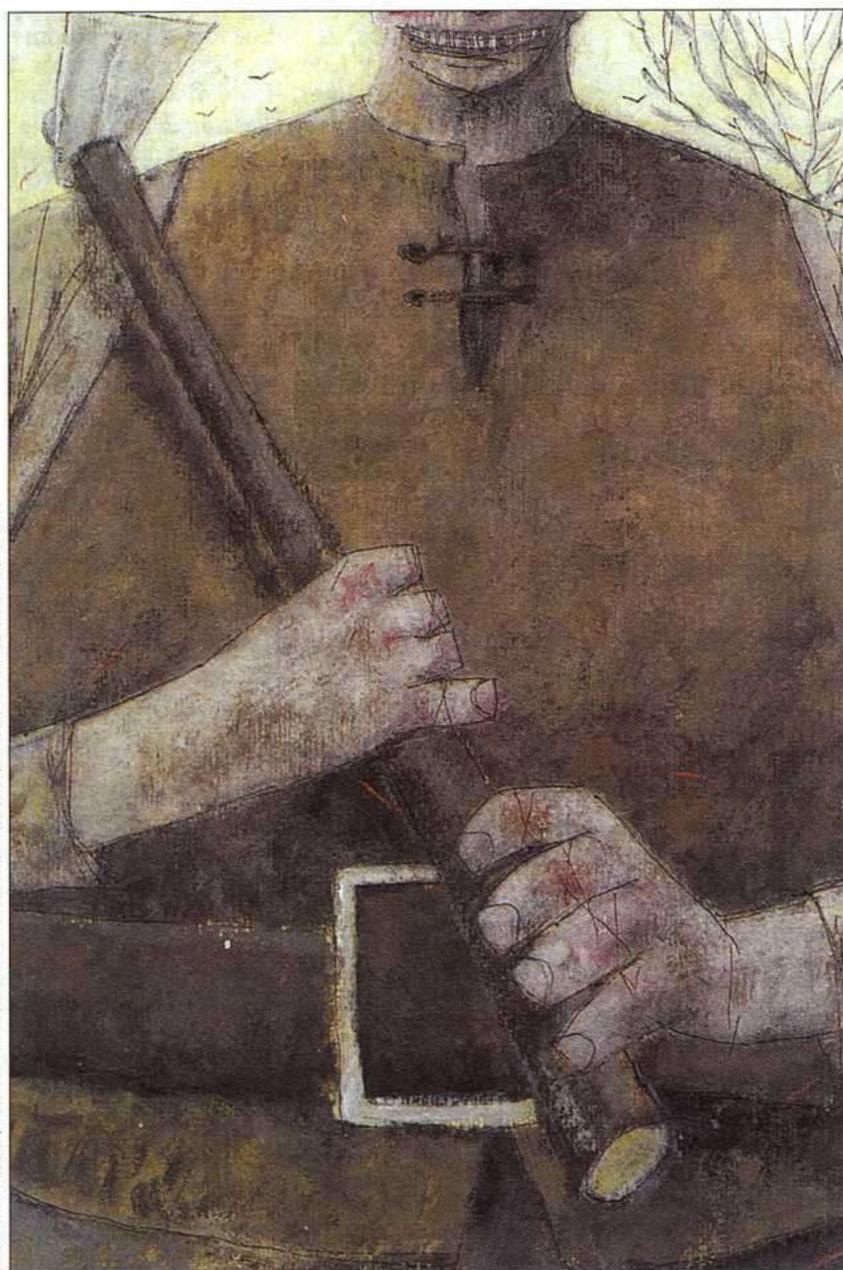


ESTUDIO

Agresividad y violencia en la LIJ

Juan José Lage Fernández*



PABLO AULADELL, «JUAN Y MEDIO», EN CUENTOS POPULARES ESPAÑOLES, ANAYA, 2002.

En esta ponencia, presentada en las Jornadas Universitarias de Violencia y Medios de Comunicación, de 1999, el autor analiza brevemente los mecanismos que desencadenan los comportamientos violentos, y luego se centra en el tratamiento que la LIJ ha dado a estos temas a lo largo de los siglos. Dentro de la LIJ actual, destaca títulos que ilustran diversas tendencias: la psicológica, que analiza la violencia desde dentro; la utópica o antiviolenta, que deja entrever que la violencia es antinatural; o la que convierte la violencia en protagonista del relato.

«Cuantas menos palabras tiene un ser humano, más violento es»
(Claude Bardon).

Encuestas realizadas recientemente ¹ han demostrado que el problema de la violencia no es baladí: el 40 % de los escolares reconocen haber sido atacados por sus compañeros de colegio; entre el 70 % y el 80 % dice haber recibido insultos y entre el 30 % y el 35 % de los niños han atacado alguna vez a sus compañeros.

Vista esta estadística conviene detenerse, en primer lugar, en un análisis aunque sea somero, de los mecanismos que desencadenan los comportamientos violentos, en el origen de la cuestión y, en segundo lugar, entrar en el tratamiento que la LIJ ha dado a estos temas a lo largo de los siglos. El tema de la violencia no es reciente, como veremos, pero se ve reforzado por los comportamientos propios de la sociedad actual.

El primer dato que podemos aportar a la luz de los estudios etológicos, es que, con excepción de ciertos roedores, ningún otro vertebrado mata habitualmente a miembros de su misma especie.

Además, y siguiendo a Storr, ² se constata que todos nacemos con una determinada carga agresiva, o sea, que el mecanismo físico de la agresión es instintivo, aunque necesita un estímulo externo para desencadenarse, al igual que sucede con la sexualidad (Kinsey, por ejemplo, demostró catorce cambios fisiológicos comunes a la ira y a la excitación sexual).

Existen otras teorías que defienden el origen adquirido de la agresividad —la llamada teoría de la dependencia y la de la frustración o represión—, pero parecen menos consistentes, al menos en la opinión del citado A. Storr.

Hay otra cuestión que se debe aclarar en virtud de lo anterior y que nos interesa por la índole de este trabajo: la distinción entre «agresividad positiva» y «agresividad negativa» o «violencia propiamente dicha» (o agresividad que se convierte en odio). «La agresividad es natural. La violencia es el resultado de alterar la agresivi-

dad natural mediante la cultura», opina el profesor José Sanmartín. ³

Cuando, por ejemplo, un niño se rebela contra la autoridad de la madre, está siendo agresivo, pero también está desarrollando su impulso de independencia, que será vital para consolidar su desarrollo. Es decir: cierto grado de agresividad es necesario para sobrevivir como especie. Así lo confirman tanto el citado A. Storr como Fernando Savater. Dice el primero: «Es imposible creer que exista una sociedad humana sin pugna y com-

petencia. El mantenimiento de la identidad humana exige oposición: el hombre es un ser social y como tal necesita la compañía y el apoyo de otras personas para sostenerse, pero también para defender su propia identidad y sentirse un individuo autónomo».

Savater, por su parte, ofrece recomendaciones a los educadores respecto al tema que nos ocupa: «Una sociedad humana desprovista de cualquier atisbo de violencia, sería una sociedad perfectamente inerte. Y éste es el dato funda-



TINO GATAGÁN, «HANSEL Y GRETEL» EN LOS MARAVILLOSOS CUENTOS DE SIEMPRE, ANAYA, 2002.

mental que cualquier educador debe tener en cuenta al comenzar a tratar el hecho de la violencia. De hecho, la virtud esencial de nuestra condición violenta es habernos enseñado a temer la violencia y a valorar las instituciones que hacen desistir de ella». Y añade: «Los maestros deben recordar que las escuelas sirven para formar gente sensata, no santos. No vaya a ser que, por querer hacer a los jóvenes demasiado buenos, no los enseñemos a serlo lo suficiente».⁴

Vargas Llosa, con su magistral visión, tras reconocer que la violencia en sentido estricto es un problema de las sociedades contemporáneas, puesto que en las sociedades atrasadas, primitivas, la violencia no suele ser tan prematura ni tan extendida en la puericia, cita tres motivos del desencadenamiento de la violencia en la sociedad actual, aunque advirtiendo previamente que «nada parece deducir que los niños de hoy sean más malvados que los de antes y lo que sucede es que ahora los jóvenes forman un grupo social que antes pasaba desapercibido»: ⁵ La desintegración de la fa-

milia; el rechazo a la autoridad; y la influencia de las escenas de crueldad y salvajismo de los programas de TV, vídeos y películas.

Al hablar del primer punto, al que define como un rasgo constitutivo de las sociedades modernas, el escritor peruano dice: «niños sin padre o sin madre, o con padres que apenas ven pues el trabajo profesional les absorbe la vida, se ven obligados a crecer rápido, a quemar etapas, y ejercitar la violencia es una de las más persuasivas maneras de sentirse adulto». Cree, además, que «los vástagos de la civilización rechazan la autoridad, ni siquiera llegan a enterarse de que existe, porque la cultura imperante ha generalizado la idea de que imponérsela a los niños es lacerarlos moral y psíquicamente, estropear su formación, violentarlos. Desde luego, los viejos métodos, las palizas con que se solía educar a los niños en el hogar en el pasado, podían generar traumas indelebiles en éstos. Pero del exceso a la abolición hay un trecho y exonerar a los niños de toda vigilancia y control, abandonarlos a que

descubran por sí mismos lo que es bueno, malo o pésimo... puede producir también graves deformaciones en la personalidad y la conducta de los niños y jóvenes, empezando por la confusión, la falta de discernimiento moral».⁶

Respecto al tercer punto y tras el reconocimiento de que el asunto es delicado, Vargas Llosa dice lo siguiente: «los niños que reciben ese baño continuo de imágenes que banalizan, mitifican y sacralizan la crueldad, difícilmente pueden actuar como ángeles. Sobre todo sabiendo que la inocencia y la bondad infantiles son mitos, que un niño es una delicada estructura psíquica cuyo gobierno se disputan instintos, apetitos y emociones que con facilidad pueden volverse destructivos o autodestructivos y que el entorno familiar y social es en ello determinante».

«¿Es la censura la solución? La censura puede atajar la violencia de las imágenes usando la tijera, pero sus tijeretazos termina siempre por destruir la creatividad y la libertad, sin los cuales no hay obra de arte, ni verdadera cultura, ni por supuesto democracia.» «La



JOHN TENNIEL, ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, ALIANZA, 1997.



KARIN SCHUBERT, GORDA GABI, FOFU FÉLIX, EDELVIVES, 1999.

verdadera solución —añade— debería venir de la cultura, de unos valores y patrones estéticos y morales que condenaran al fracaso a las obras que constituyen una gratuita y estúpida exaltación de la crueldad y el crimen.»⁷

La literatura oral y los relatos tradicionales

Bruno Bettelheim pensaba que era útil y necesario hablar con los niños de determinados temas considerados tabú, como la violencia, con el fin de que una vez presentados, fueran capaces de superarlos. Dice por ejemplo: «Si permitimos que los niños hablen francamente de sus tendencias agresivas, también llegaran a reconocer la índole temible de tales tendencias. Sólo esta clase de reconocimiento puede conducir a algo mejor que, por un lado, la negación y la regresión y por otro, un estallido en forma de actos violentos. De esta manera, la educación puede inspirar el convencimiento de que para protegerse a uno mismo y para evitar experiencias temibles, hay que afrontar constructivamente las tendencias a la violencia, tanto las propias como las ajenas».⁸

Y una de las mejores maneras de presentar a los niños la violencia y la agresividad es a través de los cuentos populares clásicos, donde la violencia física, el miedo, el terror y el sexo eran temas habituales. Estas historias «planteaban de modo breve y conciso un problema existencial, enfrentando al niño con los conflictos humanos básicos». Es decir: el objetivo de este tipo de literatura era presentar primero el terror para luego superarlo y vencerlo. Hacer ver al oyente que la maldad existe, está presente en y entre nosotros, pero puede ser derrotada si se lucha con ingenio y valor. La teoría del final feliz confirmaba que es posible la victoria, aunque ésta nunca se presentaba de forma gratuita.

La crueldad del ogro de Pulgarcito o las tendencias agresivas de la bruja de Hansel y Gretel, no tienen como objetivo asustar o atemorizar, sino hacer ver que en el mundo existen personajes malvados, existe la crueldad, pero se puede vencer con coraje, decisión y entusiasmo.

Los cuentos clásicos actuaban como



JANOSCH, HISTORIAS DE CONEJOS, ESPASA-CAIPE, 1986.

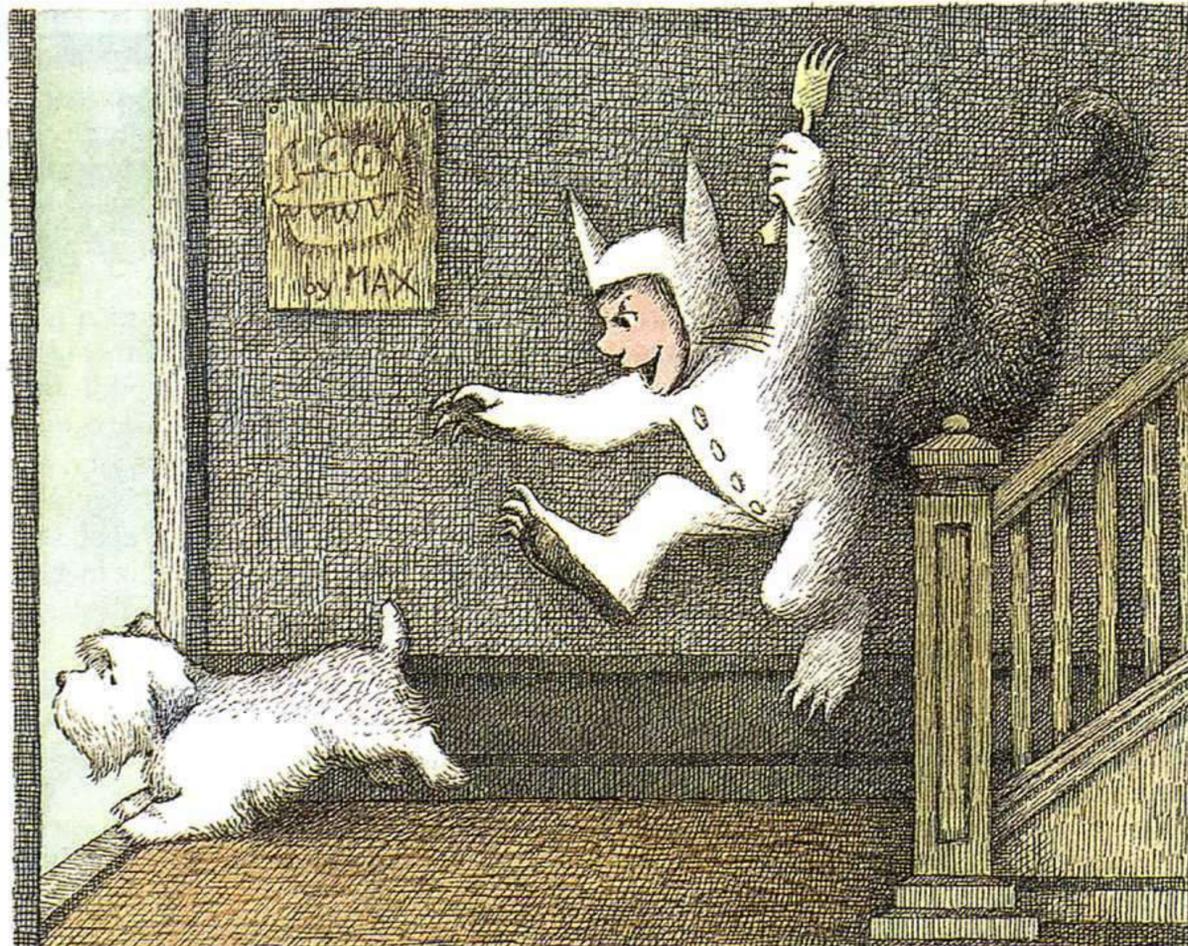
«psicodramas de la infancia», en palabras de Sheldon Cashdan,⁹ todo lo contrario de las opiniones extendidas durante siglos, que los consideraban perniciosos y permisivos con la violencia y la maldad, acusándolos de hacer de incitadores y provocadores.

Martin Gardner, al referirse concretamente a la malvada Reina de Corazones de *Alicia en el País de las Maravillas*, ironiza sobre el tema de la siguiente manera: «sus constantes órdenes de decapitación sorprenden a esos críticos modernos de la LIJ que consideran que los relatos juveniles deberían estar exentos

de violencia. Incluso los libros de Oz, de L. F. Baum, tan singularmente desprovistos de los horrores que encontramos en los Grimm o en Andersen, contienen muchas escenas de decapitación. Que se sepa, no se han hecho estudios empíricos sobre cómo reaccionan los niños ante tales escenas y qué daño psíquico se ha producido, si es que les ha producido alguno. Mi opinión es que el niño normal lo encuentra todo muy divertido y no resulta dañado en absoluto y que no debería permitirse que libros como *Alicia en el País de las Maravillas* y *El mago de Oz* circulen indiscriminadamente



TOMI UNGERER, LOS TRES BANDIDOS, KALANDRAKA, 2001.



MAURICE SENDAK, DONDE VIVEN LOS MIONSTRUOS, KALANDRAKA, 2000.

entre aquellos adultos que se encuentren sometidos a psicoanálisis». ¹⁰

Storr es aún más rotundo cuando afirma: «hay pocas pruebas convincentes de que las lecturas de héroes que matan dragones o de bandidos que matan policías tengan consecuencias trastornadoras o susciten despliegues de violencia en niños que no estén predispuestos de antemano: solamente cuando los padres u otros adultos han parecido realmente aterradores, pueden los niños dejar de distinguir entre fantasía y realidad, teniendo consecuencias peligrosas en los niños en cuya experiencia real la violencia física es importante». ¹¹ Es decir, no se ha demostrado que las escenas de crueldad en las historias clásicas para niños tengan efectos perturbadores de la conducta, salvo las consabidas excepciones de aquellos cuya vida real se con-fabula con la irreal.

La nueva literatura

«La violencia e incluso el horror han estado siempre en el corazón del arte», afirma Marc Petit, ¹² por lo que puede

decirse que hay pocos libros infantiles donde no se haga evidente una pelea, una agresión, un insulto, una mofa, hechos por lo demás naturales en una literatura que intenta reflejar comportamientos de niños normales, viviendo en una sociedad competitiva y agresiva.

No se trata pues de hacer una relación exhaustiva de todos los libros donde la violencia de cualquier género hace acto de presencia —tendríamos que empezar por la Biblia—, sino más bien de intentar estudiar o analizar aquellas obras escritas con intención, expresamente concebidas para impresionar al lector. Es decir, bien obras que toman la violencia como protagonista central, bien otras que analizan la violencia desde dentro, acercándose al fenómeno desde una perspectiva psicológica —analizando al individuo violento o la agresividad como sinónimo de actividad, a la que se refería A. Storr—, o bien obras que resultan utópicas y antiviolentas por definición, dejando entrever que tal actitud es recurso antinatural, intentando una desmitificación del tema.

Dentro de la llamada tendencia psicológica, hay que hacer mención especial

de un libro de la autora austriaca Christine Nöstlinger. Se trata de *Ana está furiosa* (SM), libro concebido para demostrar que el instinto agresivo existe, pero se puede encauzar. Ana es una niña que se pone furiosa a menudo, por cualquier nimiedad, manifestando su rabia contra lo que tiene más a mano, sea el gato o su padre. Hasta que su abuelo le regala un tambor y tocándolo, su furia desaparece y además se siente admirada por quienes la rodean. La tensión acumulada se puede liberar adecuadamente.

Hay otros libros de la autora interesantes en el sentido que nos ocupa, incidiendo en que los niños son agresivos y crueles: *Gorda Gabi*, *Fofo Félix* (Edelvives), por ejemplo, o *Konrad* (Alfaguara), libro paradigmático por sus muchas lecturas.

En *Donde viven los monstruos* (Alfaguara), Maurice Sendak demuestra que los niños son agresivos por naturaleza y que pueden tornarse violentos y un camino para doblegarlos es la fantasía. La obra incide además en la importancia de la madre en este proceso del castigo para comportamientos de este tipo. Concebido como un cuento clásico, recurre a

sus mismos trucos literarios: presentar los monstruos para luego derrotarlos.

En la misma línea de este libro, se presenta *Vaya rabieta* (Corimbo), de Mireille D'Allancé, cuya intención es mostrar, con el apoyo de imágenes, que los niños llevan dentro una carga agresiva que necesitan descargar. Dentro de esta corriente hay otros libros dignos de mención: *Willy el tímido* (Fondo de Cultura Económica), de Anthony Browne, es uno de ellos. El autor, apoyándose en unas imágenes llenas de fuerza visual y expresiva, demuestra la existencia del instinto agresivo, del intento de dominio del fuerte sobre el débil y de cómo la violencia es innata. Por mucho que el protagonista intenta adquirir dotes agresivas, no lo conseguirá. Además, incluye el mensaje implícito de que nada se consigue con la fuerza bruta, por lo que se acerca a los libros de la tercera tendencia, que denominamos utópica.

Aquí resulta obligado mencionar a dos grandes autores, que en sus libros hicieron siempre apología de la no violencia, presentando un mundo ideal donde la agresión es tan sólo un recuerdo. Se trata

de Gloria Fuertes y Gianni Rodari. De la primera podemos destacar muchos de sus nostálgicos poemas y del segundo alguno de sus cuentos, como por ejemplo, el titulado «Llorar», incluido en *Cuentos por teléfono* (Juventud), donde las lágrimas son ya un objeto digno de museo.

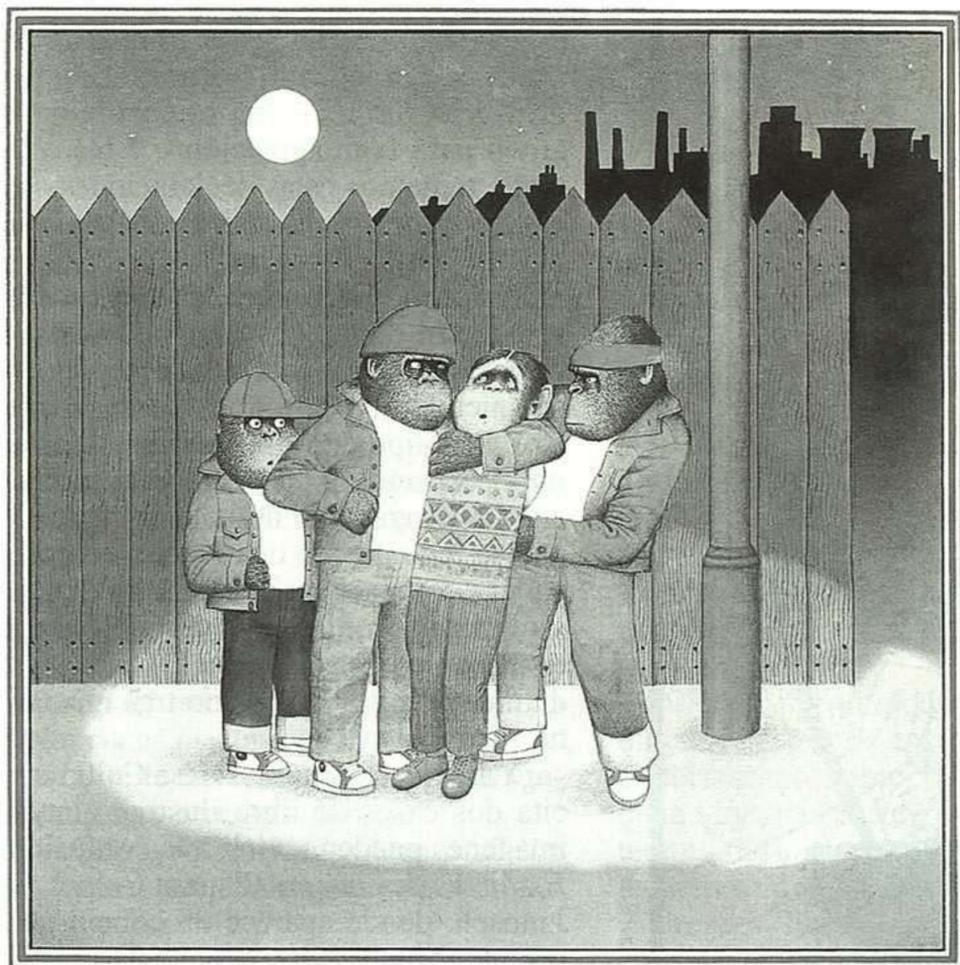
En este sentido, no debemos olvidarnos de dos clásicos del género: *Los tres bandidos* (Alfaguara, Susaeta y Kalandraka), de Tomi Ungerer, y *Ferdinando el toro* (Lóguez), de Munro Leaf. En el primero, que puede tener tantas lecturas como lectores, se da a entender, entre líneas, que la violencia no conduce a nada y que lo mejor es dedicar todas las energías a hacer el bien. Además, habla de las dos personalidades que conviven en el ser humano y de cómo en ocasiones los malvados y violentos no lo son tanto y se pueden reconvertir cuando encuentran una causa noble por la que luchar.

El segundo texto, hace referencia a un toro que se niega a torear cuando está en la plaza, pues lo que prefiere es la paz del campo, rodeado de flores.

Hay también algunos textos recientes que abordan el problema de la violencia

como pretexto central para despertar sensibilidades. Es el caso de *¿Y si me defiende?* (Edebé), de E. Zoller, que trata el tema de las zozobras de un niño abordado violentamente por sus colegas de estudios desde una perspectiva muy realista, dando a entender el papel que corresponde a padres y educadores en situaciones parecidas. De muy diferente registro es *Juul* (Lóguez), de Gregie de Maeyen y Koen Vanmechalen, cuyo origen fue una breve noticia aparecida en un diario belga: un chico de 13 años se suicida por las vejaciones sufridas a manos de otros niños. El texto —que habla de la crueldad de los niños— es conmovedor y las imágenes, en las que un muñeco de madera simboliza a Juul, no lo son menos. Juul comienza cortándose sus rizos rojos porque los demás le gritaban «caca roja», y acaba mutilándose todo el cuerpo. Nora lo recoge, destrozado, en su viejo cochecito de muñecas.

En *Las furias* (Alfaguara), del prolífico Jordi Sierra i Fabra, se hace referencia, aunque sin penetrar en las causas, a la problemática de un grupo de violentos que destrozan un instituto.



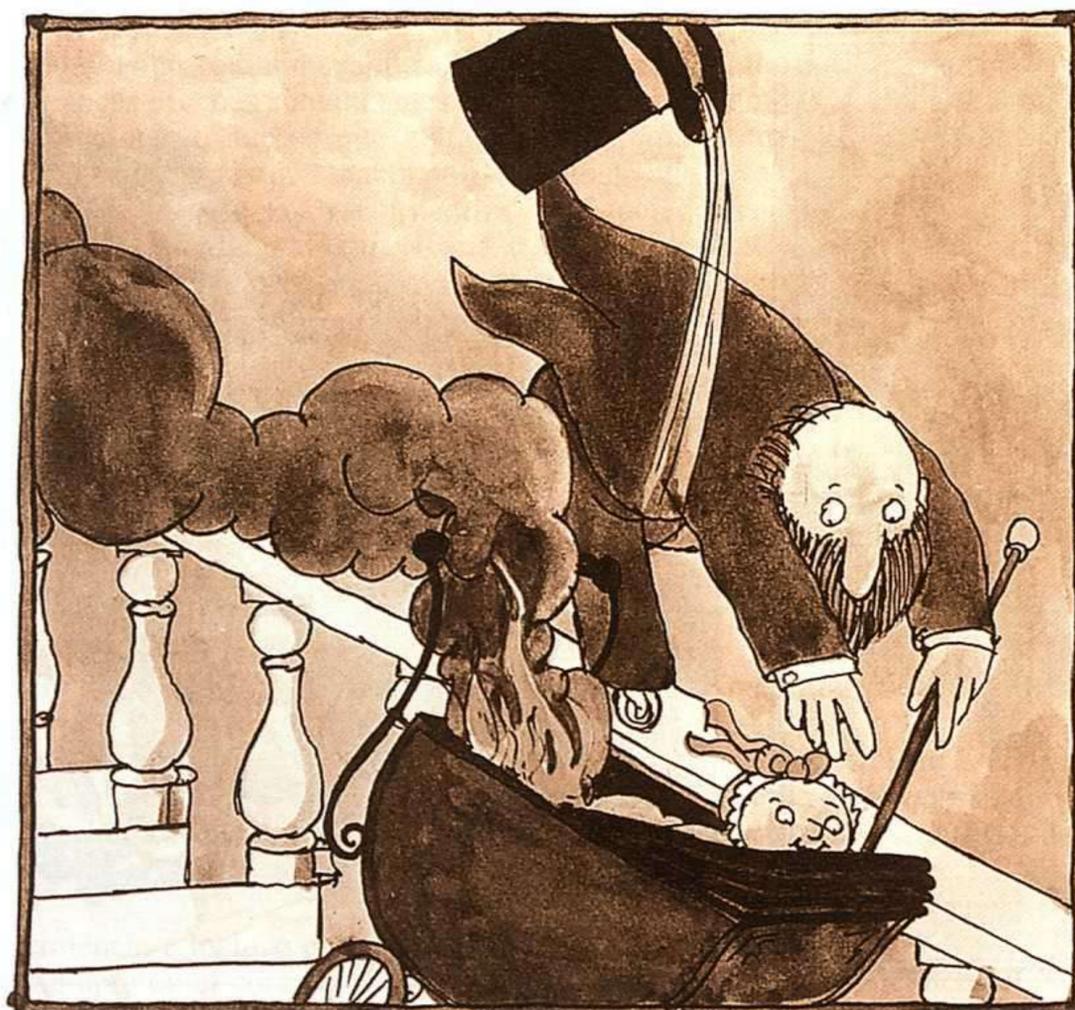
ANTHONY BROWNE, WILLY EL TÍMIDO, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 1993.



MIREILLE D'ALLANCÉ, VAYA RABIETA, CORIMBO, 2003.



TOMI UNGERER, EL SOMBRERO, ALFAGUARA, 1989.



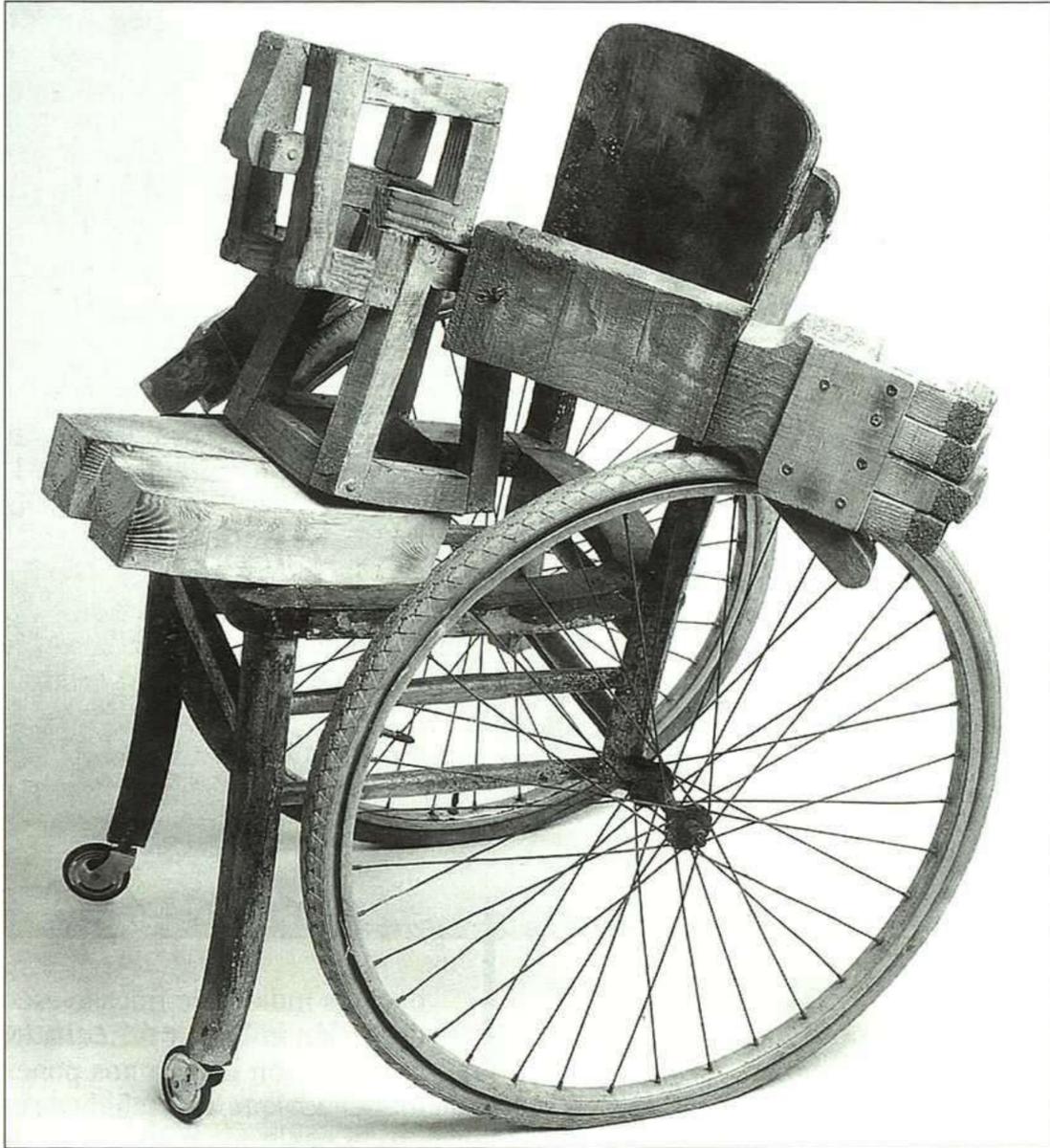
TOMI UNGERER, EL SOMBRERO, ALFAGUARA, 1989.

No quisiera pasar por alto la obra de un autor muy significativo. Me refiero al británico Roald Dahl. Muchos de sus libros (*Matilda*, *Las brujas*, *James y el melocotón gigante*, *El cocodrilo enorme*) encierran la violencia del fuerte contra el débil, del adulto contra el niño, del hombre contra la mujer. Y el mensaje que el autor nos quiere transmitir es siempre el mismo: que es lícito usar la violencia contra la violencia.

¿Cómo afectan las innovaciones surgidas con las nuevas corrientes literarias al tratamiento de la violencia en la LIJ? La ausencia de los enemigos tradicionales y la génesis de los adultos como nuevos enemigos a batir —una de las nuevas tendencias— puede generar confusión e incluso conducir a lo que Vallejo-Nájera denomina «alimentación del sentimiento de poder»,¹³ que es una de las causas de la violencia juvenil. Juan Cervera lo veía así: «si el adulto en estos casos no actúa como malo, sino que se presenta simplemente como adulto, la generalización corre el riesgo de extenderse a todos los adultos. Entonces nos encontraremos entre una situación que sólo puede engendrar confusión, desengaño y angustia en la mente del niño. Estas comparaciones, por ser en exceso directas —no son lobos ni gigantes, sino padres y profesores— no ofrecen ningún alivio para la imaginación».¹⁴ No obstante, tomamos estas declaraciones con cautela y nos remitimos a lo dicho por Martin Gardner más arriba.

Tampoco parece que ofrece ningún alivio otra de las nuevas tendencias: la de escribir finales abiertos o negativos, rompiendo con la teoría del «final feliz». Este tipo de finales exige un lector muy preparado y puede generar incertidumbre, angustia o desconcierto, por lo que se recomienda una lectura en compañía o compartida, intentando evitar un «impacto emocional» que trataban de esquivar los finales felices, que concedían un respiro y un alivio tras una lectura compulsiva.

¿Y las ilustraciones? Teresa Colomer¹⁵ cita dos casos de libro ilustrado cuyas imágenes pueden invitar a la confusión: *Historias de conejos* (Espasa Calpe), de Janosch, donde aparece un conejo golpeando brutalmente a un zorro; y *El sombrero* (Alfaguara), de Tomi Ungerer,



KOEN VANMECHELEN, JULI, LÓGUEZ, 1996.

donde la ceniza de un cigarro incendia un cochecito de niño.

Por lo tanto, si creemos como Juan Cervera, que la «LIJ comunica nociones, ejercita destrezas y provoca o inspira actitudes», me atrevo a resumir algunas de las pautas que proponían los cuentos populares y que deberían recoger los libros de LIJ que se escriban sobre el tema:

— Que la violencia sólo engendra violencia y no resuelve ningún problema.

— Que el violento es un enfermo que necesita de tratamiento (el origen de la violencia es psicosocial).

— Que todos tenemos una parte violenta que es preciso sublimar.

— Que la solidaridad y la amistad son los valores esenciales que se deben desarrollar.

— Que merece la pena cualquier esfuerzo para luchar contra la agresividad.

— Que en ocasiones es adecuado aplicar la violencia contra la violencia.

— Que el comportamiento violento siempre termina siendo castigado o reprimido.

¿Biblioterapia?

¿Pueden los libros ayudar a resolver la violencia? ¿Es la lectura un recurso eficaz para luchar contra la intransigencia y la agresividad?

Diferentes opiniones parecen coincidir en los aspectos positivos que tiene la cultura como arma contra el problema de la violencia entre jóvenes. No es una terapia definitiva, pero resulta útil y se ha demostrado su eficacia.

Un buen libro puede hacer meditar y encarar el problema desde diferentes perspectivas. «La novela —dice Vargas

Llosa— es una representación de la vida y la violencia, como el sexo, es un fenómeno humano.»¹⁶

Para Gabriel Jackson, «leer, enseñar y dialogar son elementos esenciales en cualquier esfuerzo para erradicar la intolerancia».¹⁷ También Marc Soriano, al hablar de los libros de humor, dice: «sería tal vez abusivo considerar la lectura como terapia; sin embargo, hay ciertos libros que pueden ayudar a los adolescentes a superar el estadio de la amargura y la revuelta violenta y a buscar soluciones constructivas a los problemas que les conciernen, en particular los de la desocupación y la droga».¹⁸

Amos Oz reflexiona así en *Contra el fanatismo*: «leed Literatura y os curaréis de vuestro fanatismo».¹⁹ ■

***Juan José Lage Fernández** es maestro, director de la revista *Platero* y especialista en animación a la lectura y LIJ.

Este artículo es el fruto de una ponencia presentada por el autor en las Jornadas Universitarias de Violencia y Medios de Comunicación (Universidad de Oviedo, 1999).

Notas

1. Revista *Escuela Española* 3.406, abril de 1999.
2. Storr, A., *La agresividad humana*, Madrid: Alianza, 1970.
3. Sanmartín, José, *La violencia y sus claves*, Barcelona: Ariel, 2000.
4. Savater, Fernando, *El valor de educar*, Barcelona: Ariel, 1997.
5. Vargas Llosa, Mario, «Juegos de niños» en *El País*, 4 de marzo de 2000.
6. *Ibid.*, nota 5.
7. *Ibid.*, nota 5.
8. Bettelheim, B., *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona: Crítica, 1977.
9. Casdhan, S., *La bruja debe morir*, Madrid: Debate, 2000.
10. Gardner, Martin, *Alicia anotada*, Madrid: Akal, 1994.
11. *Ibid.* Nota 2.
12. Petit, Marc, *Elogio de la ficción*, Madrid: Espasa Calpe, 2000.
13. Vallejo-Nájera, A., *La edad del pavo*, Barcelona: Temas de Hoy, 1997.
14. Cervera, Juan, *La literatura infantil en la educación básica*, Madrid: Cincel, 1984.
15. Colomer, Teresa, *La formación del lector literario*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998.
16. *Ibid.* Nota 5.
17. Jackson, G., en *El País*, 10 de noviembre de 2001.
18. Soriano, Marc, *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*, Buenos Aires: Colihue, 1995.
19. Oz, Amos, *Contra el fanatismo*, Madrid: Siruela, 2003.